

## XII

### EL TERCER MUNDO: EL REPARTO DE LA TIERRA

*«En Indochina, una de las áreas más ricas del Mundo  
está abierta al vencedor»*

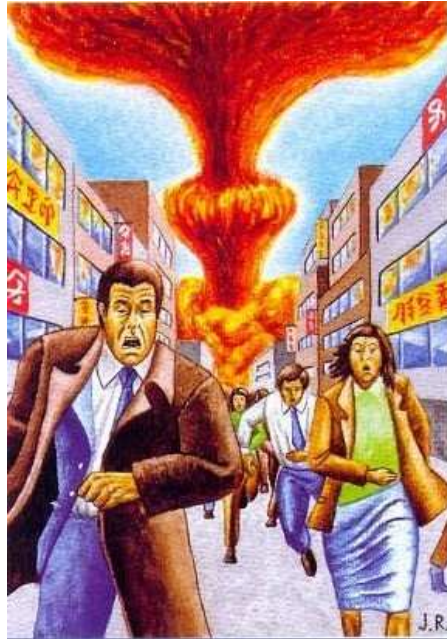
D. EISENHOWER. Presidente de los Estados Unidos, 1954.

**D**urante la mayor parte de la Historia del Hombre, la mayoría de los habitantes de todos los países han vivido de una forma parecida. Aunque en algunos sitios pudiera haber algún rey o algún feudal más ambicioso que otros, que incordiará más a sus «vasallos», o algún comerciante o usurero que acumulase riquezas inútiles, la gente normal llevaba una vida muy parecida: la mayoría eran agricultores y el resto artesanos, y todos, lo mismo en Europa que en Asia o África, se conformaban con obtener lo justo para vivir tranquilamente. Pero, con él colonialismo, se comenzaron a producir enormes diferencias entre los países colonizados y los colonizadores europeos. Las «materias primas» (es decir, maderas, minerales, alimentos,...) de las colonias comenzaron a llegar abundantemente a Europa y, con los progresos tecnológicos, cada vez mayores, se produjo una época de esplendor del comercio y la industria que marcó las diferencias que, desde entonces, existen en el mundo: surgieron los países ricos, los de Europa Occidental y Norteamérica y Australia, donde la colonización fue más eficaz (según el darwinismo social), porque sus habitantes fueron prácticamente «sustituídos» (¿os suena?) por los europeos. Y también surgieron los países pobres, lo que actualmente se conoce como el «Tercer Mundo», que es casi todo el resto de la humanidad.

Enormes continentes y cientos de países fueron repartidos, a veces por acuerdos, otras veces por guerras, entre las «grandes potencias». Sus leyes y costumbres fueron cambiadas. Las fronteras entre las «posesiones» europeas separaban, en unos casos a miembros de una misma tribu en dos países diferentes, y en otros casos juntaban en un falso país a grupos que tenían culturas, tradiciones y modos de vida muy distintos... Así se sembró la semilla de lo que hoy los medios de comunicación llaman (con cierto desprecio) «guerras tribales». Y así fue cómo, en muchos países, comenzaron a perderse antiguas tradiciones. Sus viejas culturas comenzaron a mezclarse de una forma confusa con costumbres y «adelantos» europeos. Y se produjo algo casi peor que la pobreza: la «desculturización», la pérdida de los lazos que unían a los hombres entre sí y con su tierra. Y entonces fue cuando se convirtieron en verdaderamente pobres.

Pero la feroz libre competencia también mostró pronto sus efectos en Europa: las grandes diferencias en la «distribución y consumo de la riqueza» entre las distintas clases sociales, produjo huelgas y revueltas de los trabajadores que vivían en una gran pobreza y con durísimas condiciones de trabajo. Hubo revoluciones y guerras y millones de muertos y siempre el motivo fue el mismo: la competencia entre las personas de un país por la riqueza, o la competencia entre países. Cuando un país caía en «crisis económica» (perdía la competición) entraba en guerra con otros y miles de muchachos, que podían haber sido amigos, eran obligados a convertirse en feroces enemigos y a matarse mutuamente en horribles batallas. Fueron las dos guerras mundiales,

que llevaron a hombres a cometer las acciones más repugnantes y vergonzosas que ha conocido la humanidad: los campos de exterminio nazis y las bombas atómicas lanzadas sobre dos ciudades indefensas: Hiroshima y Nagasaki.



Cuando terminó la pesadilla, hubo que empezar de nuevo a reconstruir los daños materiales causados (aunque los daños a las personas quedan para siempre). Los países europeos comenzaron a «descolonizar» los territorios que habían dominado. Dejaron a muchos de los «países» que habían inventado empobrecidos y desculturizados en manos de gobernantes nombrados por ellos, a los que permitieron cometer toda clase de abusos mientras siguieran «haciendo negocios» con los países ricos.

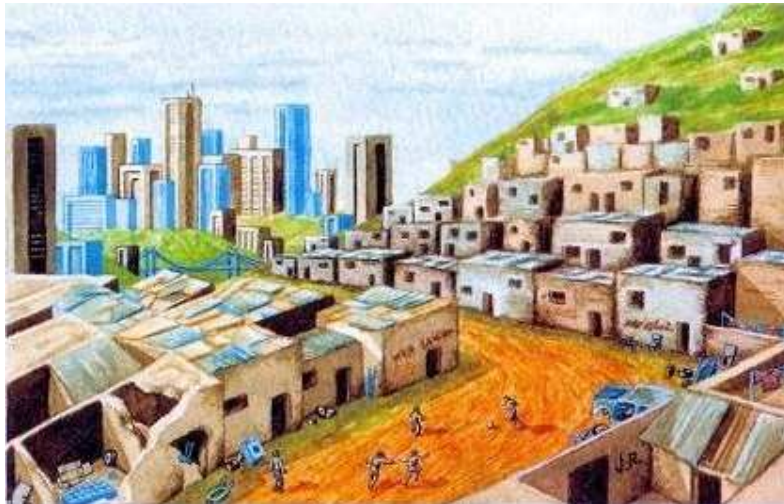
Y este fue el origen de la extrema pobreza que ahora es el Tercer Mundo. El colonialismo militar se convirtió en colonialismo económico, que ha sido todavía más dañino que el anterior. Los países ricos compran «materias primas» a bajo precio a los países pobres y les venden «tecnología» que es carísima, con lo que, cada vez, los empobrecen más. Imaginaos qué gran negocio: un ordenador, por ejemplo, está fabricado con dos kilos de plástico y unos cuatro kilos de metales. Si les cuesta a los ciudadanos del Tercer Mundo 200.000 pesetas, tienen que vender, para pagarlo, una tonelada o dos de frutas o de maderas... ¡a cambio de dos kilos de plástico y cuatro de metal! Y así pasa con los automóviles o los electrodomésticos, la maquinaria..., con lo cual, son cada vez más pobres.

Pero, además, esta pobreza es un magnífico negocio para algunas empresas de los países ricos: pueden comprar, a bajo precio, grandes extensiones de terreno, donde a veces hay minerales, y emplear a los trabajadores con unos salarios de miseria, con lo que sus beneficios son enormes. Otras veces compran grandes extensiones de selva y la queman, y así la tierra produce mucha hierba durante unos pocos años. Allí crían vacas o cebús, que utilizan las grandes cadenas de hamburguesas. Pero la selva después no se puede recuperar y se convierte en desierto. En otras ocasiones,

quemar grandes extensiones de selva (para no perder tiempo) y las «maderas preciosas», que son más duras, no arden y se pueden aprovechar. Y así se producen desastres como el de Indonesia, provocados por compañías madereras que trabajaban para Estados Unidos, que causó una enorme nube de humo y cenizas que provocó enfermedades respiratorias a miles de personas, de las que varias murieron, y fue la causa de un accidente aéreo en el que murieron 234 personas. Se quemaron más de 600 000 hectáreas (casi la extensión de todo el País Vasco) de selva con todos sus animales.

También la pobreza sirve para instalar fábricas que contaminan mucho, como las de productos químicos o de papel, que en los países del Primer Mundo provocan muchas protestas de los ecologistas y los ciudadanos. Y así, los dueños de las fábricas salen ganando, porque no se molestan en poner aparatos para depurar las sustancias contaminantes (gases y líquidos venenosos) y tienen más beneficios, porque además pagan a los trabajadores mucho menos que en Europa o Estados Unidos. A veces, incluso utilizan a los niños como trabajadores, como pasa con una famosa marca deportiva que ha puesto fábricas en la India. Y así, los «beneficios económicos», cada vez mayores, van a parar al «Primer Mundo» mientras el «Tercer Mundo» se va quedando cada vez más empobrecido, desertizado, sucio y contaminado.

Pero, además, las tierras de buena calidad para el cultivo son, en su mayor parte, de unas pocas familias amigas de los gobernantes o de empresas extranjeras que, a veces, utilizan grandes extensiones de buena tierra para cultivar frutas y flores para su país. (En Centroamérica, más de la mitad de los terrenos agrícolas, precisamente los más fértiles, se usan para estos cultivos para la exportación, mientras, un 70% de los niños sufre desnutrición). Los campesinos emigran a las ciudades buscando desesperadamente un modo de ganarse la vida, y acaban viviendo miserablemente en enormes poblados de chabolas. En África, Asia y Latinoamérica, las grandes ciudades están rodeadas de enormes extensiones de chabolas y suciedad en las que la miseria conduce a un aumento de la violencia y la delincuencia.



Pero la peor parte de esta terrible situación la sufren los niños. En los países del Tercer Mundo, la pobreza conduce a que las familias tengan muchos hijos, sobre todo porque no tienen conocimientos ni medios para controlar la natalidad, pero también porque saben que algunos se les morirán, con lo que tienen

casi siempre más de seis hijos, y aunque algunos se mueran de hambre o de enfermedades, siempre quedan más de tres o cuatro hijos por matrimonio, con lo que la población aumenta a gran velocidad. Y así, cada vez hay más miseria, porque cada vez hay menos alimentos y más personas. Y llega un momento en que los niños comienzan a morir de hambre. Una muerte lenta y terrible. Según UNICEF, cada año mueren de hambre en el mundo seis millones de niños menores de cinco años, y trece millones están en una situación de hambre permanente, comiendo sólo lo suficiente para mantenerse en pie.

Para colmo, en muchos casos, estas tremendas situaciones provocan guerras. Muchas veces entre grupos étnicos distintos que fueron encerrados en un mismo país por los colonizadores europeos, otras veces entre países vecinos... Pero casi siempre, detrás de estas guerras están las «potencias» del Primer Mundo, apoyando a unos u otros y vendiéndoles las armas, y en los periódicos se explica cínicamente que la intervención de estos países es «para defender sus intereses económicos». Parece que para un país del Tercer Mundo es una maldición tener petróleo, minerales o buenas tierras, porque los pocos países que viven en paz dentro de su pobreza es porque no tienen materias primas que despierten la avidez de las empresas del Primer Mundo.

Sin embargo, la imagen que tenemos de estos pobres países, la que nos dan la televisión y los periódicos, que procuran buscar las imágenes más terribles, es la de unos fanáticos que se dedican a matarse mutuamente con armas modernísimas que, a veces, también utilizan los niños. Pero estas armas no están fabricadas por ellos, son otra parte del negocio de las grandes potencias. Uno de los negocios que más dinero «produce» en el mundo.

Y así, una vez más, la cultura de la competencia justifica el daño que causa después de haberlo producido: el Tercer Mundo es así porque sus ciudadanos son «primitivos», no son «competitivos» y por eso han quedado atrasados en el «progreso» de la humanidad.

Pero, si alguna vez tenéis ocasión de viajar a alguno de estos países, podréis comprobar que la mayoría de las personas, a pesar de su extrema pobreza, son tranquilos y hospitalarios, que se conforman con muy poco y con un poco de tierra que cultivar y unos pocos animales se sienten felices... Pero ni eso les dejan, porque en el mundo del «libre mercado» y la «libre competencia», el que pierde se queda sin nada y los pobres siempre pierden.

Afortunadamente, aún hay esperanza. También hay buenas personas en el Primer Mundo, y cada vez hay más jóvenes (y no tan jóvenes) que colaboran con las poblaciones de estos países aportando lo que saben, o simplemente su trabajo. Es una tarea difícil, porque no se puede lograr gran cosa mientras las terribles «leyes» de la economía hagan tan difícil la supervivencia de los pobres... Pero, al menos se sienten acompañados y comprendidos y cuanto más gente comprenda, en nuestros países ricos, cuál es su situación y cuáles son sus problemas, más posible será conseguir que les dejen en paz en sus tierras. Porque quizás no sea necesario regalarles nada ni enseñarles nada. Ellos han sabido vivir durante cientos de siglos en sus tierras, con sus culturas. Tal vez bastaría con que no les sigan quitando lo poco que tienen.